mas secretos desórdenes: *Vias tuas ponam super te, et abominationes tuæ in medio tuî erunt.*[1] Yo te entregaré en ese estado á la afrenta é irrision de todas las creaturas, y conocerás en el exceso de tu confusion, que soi el Dios á quien no se desprecia impunemente: *Et contumeliis te afficiam,*[2] *et scietis quia ego Dominus.*"[3]

"Ved al Dios justo y terrible, rasgando el velo que cubria ese corazon corrompido, registrando con su mano poderosa el fondo de ese abismo de iniquidad, y sacando de sus profundidades multitud de horribles monstruos, es decir, de desórdenes y de crímenes, cuya vista llena de espanto al mismo pecador: *Illic reptilia quorum non est numerus.*"[4]

"Allí aparecerán tantos pensamientos malos, tantas imaginaciones infames, tantos execrables deseos, tantas vergonzosas miradas, tantos discursos criminales, tantas acciones que cometidas en las tinieblas casi sin interrupcion por muchos años, completaron la carrera de una vida mundana y desarreglada. Allí se reproducirán las envidias, los odios, los celos, las venganzas, las traiciones, las negras maquinaciones, las mentiras, las atroces calumnias, los deseos malos y las conjuraciones homicidas. Allí se mostrarán los pecados de la infancia, los de la primera juventud, los de la edad madura, y los de una desarreglada vejez; los pecados de cada dia, de cada hora, de cada instante; los pecados personales y los extraños de que se fué ocasion, instrumento ó causa; los pecados ignorados, los olvidados, los que uno mismo se disimulaba, y aquellos de que hacia alarde; pecados de toda especie, de todos los sentidos, de todos los miembros del cuerpo, de todas las facultades, y de todas las potencias del alma; pecados enormes, pecados que no se pueden numerar: todos saldrán y se reproducirán á un mismo tiempo, sin que de esta multitud innumerable, se escape uno solo á las miradas del universo; sin que una sola de sus circunstancias, aun las mas humillantes y vergonzosas para el pecador, se disfrace ó se disminuya: *Imponam tibi omnia scelera tua, et non parcet oculus meus, nec miserebor.*"[5]

1 Ezech. VII, ℣ 4.
2 Nah. III, ℣ 6.
3 Ezech. VII, ℣ 4.
4 Psam. CIII, ℣ 26.
5 Ezech. cap. VII, ℣℣ 8 et 9.

---

EXPOSICION

DE LA

# DOCTRINA CATOLICA

SOBRE

## LOS DOGMAS DE LA RELIGION.

---

### LIBRO DUODECIMO.

LA RESURRECCION DE LA CARNE, EL JUICIO Y LA ETERNIDAD.

---

### ARTICULO TERCERO.

DE LA ETERNIDAD.

I. Consideraciones generales sobre la eternidad. Exposicion de deste ogma.—II. La eternidad feliz es el fin del hombre.— Pruebas filosóficas y teológicas de esta verdad.—III. Cuadro de la bienaventuranza compuesto con las imágenes de las Santas Escrituras.— Pinturas de los Santos Padres, oradores sagrados, y escritores piadosos.—IV. El *infierno*, ó la eternidad desgraciada.— Pruebas de este dogma.— Carácter de las penas del infierno.— Penas de daño y de sentido.— Eternidad de los tormentos del infierno considerada en sí misma y probada con textos de la Santa Escritura, con la autoridad de los Santos Padres y doctores de la Iglesia y con la creencia universal.—Conclusion.

EL último artículo del símbolo habla de la eternidad, porque de hecho la eternidad viene á ser en todo sentido el fin de toda verdad, el fin de toda lei, el fin de toda práctica, la consumacion de todos los designios de Dios acerca del hombre. "Yo soi el Alpha y la Omega," dice Dios, dando á entender que es el principio eterno de donde todo emana, y el fin último á donde todo se encamina. De él, como Ser necesario, Ser eterno, Ser infinito, viene toda existencia, como lo hemos visto hablande la creacion; á él se refiere tambien toda existencia, porque él es la razon de cuanto existe, es el último fin del hombre, como lo hemos visto igualmente en el libro quinto,

artículo tercero, capítulo III. Por esta razon el gran libro de las eternas verdades comienza en Dios como principio de todas las cosas, y acaba en Dios como fin de todas las cosas. Sin el ser, sin la existencia misma, el entendimiento no tendria objeto, no tendria que estudiar, no tendria que meditar, no tendria que saber; pero aun aquí mismo estamos padeciendo una ilusion, porque sin la idea del ser no habria tampoco ni entendimiento que pensase, ni voluntad que quisiese, ni libertad que obrase. He aquí porqué todos nuestros estudios, todas nuestras meditaciones, la accion total de nuestro espíritu versan precisamente sobre el Ser. El Ser es objeto de la verdad, y segun San Agustin, es la verdad misma, porque la verdad es lo que es. Conocer el Ser es poseer la verdad; el conocimiento del Ser es la morada suya en el entendimiento del hombre. ¿Y quién nos enseña esta verdad? La razon nos hace columbrar algunas de sus faces; pero solo la fe nos la manifiesta toda. Esta es la razon porqué los conocimientos dogmáticos que nos suministra el estudio de la doctrina revelada, están en la primera gerarquía; porque nos manifiestan la verdad en su principio que es Dios, en su medio que es Dios, en su objeto que es Dios, en su fin que es Dios. Obsérvese la filiacion de estas verdades parciales que llamamos *Artículos de la fe*, y cuyo conjunto compone la totalidad del Símbolo. Ellas comienzan en Dios como primer principio, médian en Dios como conservador de los seres, como proveedor de sus necesidades, como fuerza misteriosa que sostiene la marcha de la naturaleza en los caminos del bien; se dirigen á Dios exponiendo las leyes á que está sujeta la direccion de nuestra voluntad hácia la suya; y por último, terminan en Dios como fin último de toda existencia. Un Dios de quien emana toda paternidad, como si dijésemos, una causa de todas las causas, un Dios que encierra el poder sin límites; un Dios, que ha ejercitado este poder sacando de la nada cuanto existe: he aquí la primera verdad, he aquí lo que encierra este artículo de nuestra fe: "Creo en Dios Padre, todo poderoso, Creador del cielo y de la tierra:" un Dios que ha de ceñir la corona de la recompensa á los que cumplieren su santa lei y ha de entregar á los eternos castigos á los que no la guardaren; he aquí la última verdad; porque mas allá de ella no hai otra, y ella á todas las precede; he aquí la verdad contenida en el duodécimo artículo del Credo, lo que entendemos y profesamos al decir: "Creo la vida eterna," como dice el símbolo de los Apóstoles ó "la vida del siglo que ha de venir," como dice el símbolo de Nicea.



El símbolo llamado de San Atanasio, despues de hablar de la segunda venida de Jesucristo, de la resurreccion de la carne y de la cuenta que todos y cada uno ha de dar acerca de su conducta, añade: "los que obraron el bien irán á la vida eterna; pero los que obraron el mal, irán al fuego eterno." He aquí pues en qué sentido nos proponemos hablar de la eternidad, no considerándola por lo que sea en sí misma y como un objeto abstracto, sino en lo que ha de ser para el hombre, como el destino futuro de la humanidad. Para tratar, pues, metódicamente este punto, dirémos: cómo la eternidad feliz es la vocacion ó el fin del hombre, y cómo Dios constituye la eternidad feliz de los justos: ensayarémos el trazar el cuadro de la bienaventuranza: de aquí pasarémos á tratar de la eternidad desgraciada, ó lo que es lo mismo, del infierno, hablando con separacion de su existencia, localidad, penas, fuego y demás tormentos; y concluirémos probando con razones teológicas y filosóficas la existencia y la justicia de la eternidad de las penas.

---

## CAPITULO I.

### LA ETERNIDAD FELIZ ES EL FIN DEL HOMBRE.

Aunque al tratar en el libro quinto, artículo tercero de las relaciones que existen entre Dios y el hombre, dijimos en el capítulo III que Dios es el último fin, la materia es en extremo importante para dejarla reducida á tan sencillas indicaciones. Para darle, pues, mas ámplio desarrollo á tan interesante punto, manifestarémos aquí cómo el hombre ha sido creado para disfrutar de una felicidad pura, suma é inmortal; cómo una felicidad así no se halla fuera de Dios, pero sí se encuentra infaliblemente en Dios.

## § I.

*El hombre ha sido creado para disfrutar de una felicidad pura, suma é inmortal.*

Sabemos que la felicidad es el fin del hombre; que este se llama feliz cuando goza, infeliz cuando padece. ¿Pero qué, cualquiera goce, cualquiera placer, constituye aquella felicidad que forma su fin? No ciertamente: es necesario un goce, fuera del cual no exista cosa que arrastre nuestros deseos y ponga en accion nuestras facultades. Un goce mezclado ó interrumpido con el dolor, léjos de satisfacernos, mantiene siempre y fomenta de continuo nuestra inquietud: luego el goce no debe tener mezcla ninguna, nada que engendre la desazon, nada que produzca el arrepentimiento; y como un goce de esta naturaleza es un goce puro y simple como el espíritu, decimos en primer lugar, que la felicidad de que se trata debe ser una felicidad pura y simple.

Puede tenerse un goce puro y simple poseyendo un verdadero bien; pero columbrar al mismo tiempo la existencia de otros bienes que difundirian por el alma un placer semejante. ¿Aquel goce nos dará la idea perfecta de la felicidad? No por cierto, puesto que fuera de él hai otros que pueden apetecerse. Por esto dijimos que la felicidad, de que se trata, debe ser una felicidad suma, es decir, una reunion de tantos bienes cuantos basten á llenar los deseos inmensos del espíritu.

Hai mas todavía: aun cuando se gozase una felicidad suma, es decir, se llegase á la posesion de todos los bienes, pero teniendo al mismo tiempo la conviccion plena de que ha de llegar un dia en que se pierda este rico tesoro, bien porque se nos prive de él, ó bien porque dejemos ya de existir, no por esto disfrutaría el hombre la verdadera felicidad. La experiencia de lo que pasa en nosotros de continuo con los goces limitados que llegamos á conseguir nos confirma demasiado en el conocimiento de esta verdad: el temor de perder los tesoros perturba el sueño del avaro; y el de un accidente repentino que suspenda los nobles trabajos de la inteligencia suele interrumpir de vez en cuando los goces puros del que se consagra á la sabiduría: el dolor que causan los recuerdos de una felicidad pasagera



ha hecho suspirar mas de una vez la lira de los poetas. Acaso no hai sentimiento mas penoso que el de la muerte, pues cuanto son mas grandes los placeres de la vida, tanto mas crecen con el presentimiento de su pérdida las amarguras del corazon. Una felicidad pues, que solo cuenta con una duracion precaria no es la que debe fijarnos cuando tratamos de descubrir el fin de una creatura que ha recibido del cielo una alma inmortal; y en esto nos hemos fundado para decir al mismo tiempo que la felicidad de que se trata debe ser una felicidad inmortal. Una felicidad sin mezcla de infortunio, una felicidad suma, una felicidad inmortal, corresponde á un bienestar tan cumplido, á una delicia tan consumada, á un goce tan perfecto, que fuera de ella no descubrimos otra cosa, ni puede existir nada, á lo cual pudiera referirse la naturaleza del hombre, luego el fin del hombre consiste precisamente en una felicidad pura, suma é inmortal.

## §. II.

*Una felidad así no se halla fuera de Dios.*

Esta asercion se identifica con la siguiente. En la vida no puede haber una felicidad completa. Véamos la prueba de ello.

Para comprender toda la verdad de esta proposicion, basta recorrer algunos hechos universalmente confirmados por la experiencia de los siglos. Lo primero que se ofrece á nuestra reflexion es *el descontento general y constante que todos tienen y han tenido sobre su propio estado.* Este disgusto ha dado ámplia materia para deplorar la miserable condicion humana, no solamente á los filósofos, sino tambien á los poetas: pasa ya por un axioma de hecho, que *nadie está contento con su suerte.* Segun esto, ¿será la vida humana el centro de la felicidad? Si esta no llena el corazon, si no satisface plenamente los deseos, si no calma y termina las aspiraciones del alma, seria locura reputarla por ese bien que forma el objeto de su creacion. Cierto es que no faltan hombres que saben limitar sus deseos, y viven contentos, cuanto cabe, con su suerte; pero esta quietud, con que se resignan á lo presente, se funda en el desprecio que les inspiran los bienes de la vida, circunstancia que léjos de debilitar la verdad del hecho, la confirma y robustece de una manera mas segura. Estos hombres, en efecto, están contentos con su suerte, no porque hallen en la tierra el centro

de la felicidad y reputen bastantes los bienes de esta vida para contentar sus deseos y llenar su corazon, sino porque una cadena no interrumpida de experiencias y desengaños les ha hecho ver con cierta noble indiferencia todo el esplendor de la grandeza mundana, y buscar el contento y la paz en la práctica de la virtud. ¿Pero la virtud en sí misma es el último bien que busca el hombre, la fuente de goces con que brinda la verdadera felicidad? La virtud está llena de privaciones: la envidia, el celo, la rivalidad, la codicia, en una palabra, todas la pasiones la persiguen; no puede conservarse sino entre los triunfos de una guerra espantosa y continua, y por lo mismo es compañera inseparable de la tribulacion. El que halla pues el contento en la virtud, es porque nada ve digno de sí en la escena de la vida humana, y porque aguarda infaliblemente los bienes sólidos con que se alimentan sus esperanzas y se sostiene su esfuerzo entre los mayores combates, y porque la existencia rápida que se pasa en la tierra no es á sus ojos sino una estacion breve, desde la cual, llegado el instante de la muerte, el alma libre ya de las cadenas del cuerpo, levanta su vuelo noble y sublime hácia el seno de su Creador, donde está cierta que hallará la recompensa de sus virtudes con la inamisible posesion de la verdadera felicidad.

El segundo hecho mui digno de considerarse es que los bienes terrenos, cualquiera estimacion que merezcan, están distribuidos entre un número tan pequeño, que puede reconocerse la miseria como el patrimonio comun de casi todos los hombres. ¿Dónde está el rico que no gima bajo la esclavitud penosa de la avaricia? Y cuando está libre de este tirano, ¿no mira su posicion social como embarazosa y llena de trabas? ¿Dónde está el grande, que gozando tranquilamente de los honores, no esté devorado por el fuego de la ambicion? ¿Y hai muchos que hayan conseguido reunir las riquezas, los honores, la estimacion general, los bienes de la salud y la tranquilidad propia del que ya no teme ni espera? Si alguno tuviese el delirio de sostenerlo, se levantaria contra él la humanidad entera, para declararle el primer impostor de los siglos. Para comprender la insuficiencia de las riquezas, los honores y todas las prosperidades que el tiempo mide y la muerte destruye, no es necesario abrir las páginas de los libros santos, y buscar entre los oráculos de la sabiduría la resolucion de este importante problema, no es preciso oir exclamar al mas sabio, rico y magnífico de todos los reyes, que *todo es vanidad, tormento y afliccion de*



*espíritu:*[1] basta consultar á la conciencia y preguntar al corazon, si quedará satisfecho con todos los bienes de la tierra.

Pero aun cuando estos debieran estimarse como á propósito para sentir una especie de felidad, aun de este modo podia sostenerse que el hombre no es feliz, sino en extremo desgraciado en la tierra, primero, porque el número de los ricos y grandes es una gota en el Océano, es decir, es nada junto á la multitud inmensa de miserables; hecho evidente que no pide ninguna demostracion: segundo, porque los males comunes á toda la especie humana reducen á mui poco el interes y precio de los bienes que se disfrutan en la vida: tercero, porque habiendo una certidumbre infalible de la muerte, la posesion de la grandeza y los tesoros del mundo son un tormento mas para el corazon, que debe un dia abandonar de un golpe todos estos bienes.

Hemos probado que durante la mansion del hombre sobre la tierra, está sujeto á la alternativa de placer y de dolor, como á una lei precisa y universal; en segundo lugar, que no existe ni ha existido nunca ninguno que haya logrado reunir en su corazon todos los placeres consiguentes á la posesion de todos los bienes imaginables; en tercero y último lugar, que aun cuando se llegase á conseguir tal suma de bienes, no por esto seria feliz el hombre, puesto que habia de perder estos goces con la muerte, pues al descender al sepulcro, dejan de existir para él los bienes, goces y placeres de la vida humana. De lo primero se infiere que en esta no puede haber una felicidad pura, de lo segundo que no puede haber una felicidad suma, y de lo tercero, que no puede haber una felicidad inmortal; con lo cual queda plenamente demostrada nuestra proposicion.

## §. III.

### *Una felicidad pura, suma é inmortal se halla precisamente en Dios.*

Todo el segundo libro en que hablamos de la nocion de Dios, de su unidad y perfeccciones infinitas, así como el tercero donde expusimos el misterio augusto de su gloriosa Trinidad, pueden considerarse como dos amplísimas demostraciones de la verdad que encabeza este párrafo. Allí probamos que Dios es infinitamente perfecto, que es la perfeccion misma y fuente de toda perfeccion. ¿Qué busca el

1 Eclesiastés. Cap. I.

hombre con su entendimiento? Verdad; pues Dios es la verdad misma. ¿Qué busca el hombre con su voluntad? El bien; pues Dios es el bien sumo. De Dios emanan por comunicacion, y en él residen por esencia todas las perfecciones, todas las verdades, todos los bienes existentes é imaginables. El solo puede dar al entendimiento que ha creado á su imágen aquella intuicion purísima que descubre en un instante cuanto es, y cuanto puede ser, la naturaleza de los seres, la esencia de las cosas, la verdad en toda su extension infinita. "En él veo yo, dice Bossuet, estas verdades eternas; y verlas, es convertirme á aquel que es inmutablemente toda verdad, y recibir sus luces." En efecto, sin esa luz indeficiente, que de continuo emana de la soberana inteligencia del Ser supremo, es imposible descubrir la verdad en su genuino carácter y en toda su extension. Acá en la tierra se fatiga el sabio por descubrirla; y al cabo de seis mil años de profundas investigaciones, apénas columbramos algunos puntos luminosos del gran todo; miéntras el resto se nos escapa, ó para mejor decir, se nos oculta profundamente bajo el tenebroso velo de la razon humana. ¿Quién podrá lisonjearse de haber descubierto aquella relacion misteriosa que une desde la eternidad y para siempre, lo pasado, lo presente y lo futuro, lo existente y lo posible, y que puede mirarse como el gran secreto de la verdad? ¿Qué son los conocimientos del hombre, para triunfar de los misterios de su misma naturaleza, de los secretos del mundo físico, y de los arcanos augustos del Creador? Abrimos las páginas de la historia de la filosofía, visitamos los monumentos antiguos, que el tiempo ha respetado para no tocar la gloria de los primeros filósofos, recorremos con avidez las escuelas modernas; y despues de habernos perdido innumerables veces en el abismo de la duda, en el laberinto de las probabilidades, en el cúmulo de los sistemas y en el caos de los errores, descubrimos apénas cierto número de verdades, que comparadas con todo lo que ignoramos, aparecen como un punto en la inmensidad del espacio. ¿Cuál es pues el sujeto en quien reside la verdad, el oceano de luz que ha de disipar las tinieblas de nuestra inteligencia? "Este objeto eterno, dice el autor citado, es Dios; eternamente subsistente, eternamente verdadero, eternamente la verdad misma." [1] Convengamos pues en que Dios reune una plenitud de verdad pura como su esencia, y eterna como su duracion; y

1 Bossuet. Connaissance de Dieu et de soi-même. Tom. 15 de sus obras, ed. de Paris 1826.



por consiguiente que en él reside la verdad pura, la verdad suma, la verdad eterna, y por lo mismo una verdad suficientísima para satisfacer el entendimiento humano.

Siendo el bien el objeto de la verdad, es claro que Dios le comprende del mismo modo que la verdad que posee. Comprenderle y amarle es para él una misma cosa; amarle y poseerle es tambien lo mismo para él: porque una voluntad perfectísima como la suya, no puede dejar nunca de amar un bien perfectísimo; y una voluntad omnipotente como la suya no puede tardar un momento solo en poseerla. Atendiendo á su esencia soberana, nos es imposible descubrir en las fracciones mínimas del tiempo una sola que separe los actos de conocer, de amar y de poseer; y por consiguiente, conocido el bien eterna y inmutablemente, le ama tambien y le posee desde la eternidad y por siempre, y pudiendo decirse á la letra, que no solo es infinitamente verdadero sino que es la verdad misma, debe afirmarse por igual razon, que no solo es infinitamente poseedor del bien, sino que es el bien mismo. Resulta de lo expuesto que en Dios reside un bien purísimo como su verdad, sumo como su verdad, eterno como su verdad; un bien, ántes del cual no hai otro bien, despues del cual no hai otro bien, sin el cual no hai ningun bien; un bien, por último, suficientísimo á llenar los vacíos inmensos de la voluntad.

No siendo la felicidad otra cosa que el sentimiento que inspira en el alma la posesion de un bien, y debiendo el efecto ser proporcionado á la causa, claro es que este sentimiento reunirá los mismos caracteres existentes en la causa que le produce. De aquí resulta que la posesion de Dios vale tanto como la posesion de un bien puro, sumo é inmortal, y por consiguiente, como el goce de una felicidad pura, de una felicidad suma, de una felicidad inmortal; y por última consecuencia, que Dios es el fin del hombre. [1]

Colígese de todo esto claramente que Dios es en sí mismo la felicidad eterna de los justos. Por eso ha dicho con tanta exactitud el Padre Ripalda en su sabio catecismo, que "la bienaventuranza consiste nada ménos que en ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente." Por eso San Agustin con tanto sentimiento como verdad exclamaba: "Me habéis hecho, Señor, para vos, y mi corazon está inquieto hasta que no descanse en vos." Por esto San Leon, á la vista de un destino tan glorioso, exclamaba dirigiéndose á la

1 Lo que hemos dicho hasta aquí acerca del fin último del hombre lo hemos extractado del Libro III de nuestra obra intitulada: *Estudios fundamentales sobre el hombre.*

creatura racional: "¡Oh hombre, reconoce tu dignidad!" Por eso el Profeta-Rei encerraba la suma de los bienes que pueden disfrutarse, en estar adherido á Dios y exclamaba: "¡Qué hai en el cielo que pueda excitar mis deseos, ni qué hai en la tierra sino solo vos, ¡oh mi Dios de mi corazon! solo vos que seréis mi heredad sempiterna?" Por esto el Apóstol San Pablo, absorto en la contemplacion de ese bien que tendrán las almas que disfruten de Dios, profundamente conmovido, exclamaba: "¡Quién podrá separarnos del amor de Jesucristo? ¡La tribulacion? ¡La angustia? ¿El hambre? ¡La desnudez? ¡El peligro? ¡La persecucion? ¡La espada? Cierto estoi de que ni la muerte, ni la vida. . . . ni creatura alguna podra separarnos nunca del amor de Dios." [1]

---

## CAPITULO II.

### CUADRO DE LA BIENAVENTURANZA.

En el capítulo V del artículo precedente vimos que el juicio final concluye con una sentencia de felicidad eterna para los buenos y de fuego eterno para los malos. En el capítulo anterior hemos hecho ver cómo aquella eterna felicidad es la vocacion y último fin del hombre, cómo debe hallarse revestida de un triple carácter para que sea nuestro verdadero fin, siendo pura, suma é inmortal: y cómo finalmente una felicidad semejante no se puede hallar fuera de Dios, y se encuentra precisamente en Dios. Cuando el justo, libre ya de las trabas de esta vida mortal, comienza la nueva que Dios le preparaba, escucha aquellas palabras dulcísimas y consoladoras que son la feliz consumacion de la esperanza: "Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor," é incontinenti entra á aquella dichosísima mansion que se llama *cielo*, y disfruta de aquel bien infinito que se llama *bienaventuranza*. Qué sea esta bienaventuranza, con qué fundamentos la esperemos y con qué pruebas teológicas se demuestre su existencia, son cosas que ya dejamos

2 ¿Quis ergo nos separabit à charitate Crhisti? ¿tribulatio, an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persecutio, an gladius? . . . . certus sum enim quia neque mors, neque rita . . . . neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei. Rom. cap. VIII. ¥¥ 35, 38 et 39.



dichas en el capítulo quinto, artículo quinto del libro quinto de esta primera parte, donde hablamos del hombre estudiado segun los dogmas de la fe, y concluimos naturalmente con sus novísimos ó futuros estados despues de esta vida mortal. Ahora queremos bosquejear el cuadro de esta felicidad, única que merece tal nombre, puesto que, siendo pura, suma, é inmortal, nos colocará, como lo esperamos, en la libertad de todo mal, y en la posesion eterna de todo bien. Estos términos abstractos nada tienen, es verdad, que hable á la imaginacion; pero lo dicen todo sin duda, pues que la inmunidad eterna de todo mal y la posesion inamisible de todo bien, son la expresion total de una felicidad verdadera, de lo único que merece llamarse bienaventuranza.

¿Cómo pintarla? ¿Dónde está el colorido, dónde está el pincel, dónde la diestra mano que trace un cuadro como este, que traspasa con mucho los límites de la humana capacidad? En la indefinida expresion de lo sumo, de lo infinito cabe sin duda cuanto el entendimiento mas vasto pueda concebir, cuanto la imaginacion mas rica pueda representar, cuanto la boca mas elocuente sea capaz de decir. He aquí por qué la felicidad de los justos ha sido, es y será el asunto mas bello, la materia mas fecunda, el manantial mas inagotable de sublimidad y grandeza para el genio de la elocuencia y de la poesía. La Santa Escritura nos presenta con demasiada frecuencia rasgos de un primor indefinible hablando del cielo. Moisés nos dice que "el cielo es la propiedad de Dios, que es tambien la futura morada de los suyos." David vierte los mismos conceptos á cada paso: Salomon dijo que "la sabiduría desciende de los cielos, pues que allí tiene su santuario." "Lo cielos narran la gloria de Dios, dice el Profeta, y el firmamento anuncia la obra de sus manos." Pero todavía este firmamento no es nada comparado con aquella mansion de paz y de felicidad, con aquella ventura suprema é indefinible, con aquel Cielo-rei, digámoslo así, que es el cielo de los cielos, el soberano de los mundos. En este sentido el mismo profeta gasta una frase altamente significativa, profundamente conceptuosa para encarecer el precio de la bienaventuranza. "Los cielos, ¡oh Señor! son la obra de tus manos; ellos empero han de perecer, y tú permanecerás siempre. Todas estas cosas se irán envejeciendo como los vestidos del cuerpo, miéntras que tú, Señor, siempre eres el mismo, y tus años no han de acabar." [1] El cielo es el tabernáculo de los justos, la excelsa

1 Initio tu, domine terram fundasti, et opere manuum tuarum sunt cœli. Ipsi peribunt, tu autem permanet: et omnia sicut vestimentum veteras-

montaña donde habitarán por siempre los que entran al sepulcro sin la contaminacion del pecado y con los altos méritos de la justicia, los que hablan la verdad en su corazon y no llevaron el dolo en su lengua.[1] El cielo es el tabernáculo eterno del Dios vivo; aquella mansion querida que hacia palpitar de esperanza y amor el corazon del profeta; aquella mansion que solo contemplada le hacia desfallecer de ternura; aquella mansion tan alta, tan rica, tan preciada, que determinó sin vacilar á aquel justo á preferir el mas retirado sitio en la casa de su Dios, al primer palacio en las moradas de los hombres. El reino de los cielos es el tesoro escondido, la inapreciable margarita que se compra con cuanto existe. El reino de los cielos es la Jerusalen predilecta, aquella Jerusalen santa y nueva del Apocalípsis, que desciende fabricada por la mano de Dios, compuesta y ataviada como una esposa para su esposo. El reino de los cielos es el paraiso verdadero, esto es, la mansion donde no existe nada de lo que inquieta, disgusta ó desazona, y donde habita todo lo que regala, complace y extasía.

Los Padres de la Iglesia nos han dejado magníficas pinturas de ese reino inmortal: "Si consideramos, dice San Gregorio, cuáles y cuán grandes son las cosas que nos están prometidas en los cielos aparecen vilísimas al espíritu todas las cosas que se poseen en la tierra. La sustancia terrena, léjos de ser un subsidio, es un gravoso peso comparada con la felicidad suprema, la vida del tiempo es muerte y no vida comparada con la de la eternidad. ¿Dónde está la lengua capaz de expresar, ni el entendimiento que sea parte á comprender toda la grandeza de los goces de aquella ciudad celestial? ¿Cómo describir lo que será mezclase entre los coros de los ángeles, asistir con los espíritus bienaventurados á la gloria del Creador, estar mirando frente á frente el rostro del Dios vivo, dilatar la vista en aquella luz que baña los horizontes infinitos, no afectarse jamas por el temor de la muerte, y poseer el don de una incorruptibilidad sempiterna? ¡Ah! El alma se enardece con solo escuchar estas cosas, se siente poseida de los inflamados deseos de asistir allí donde espera gozar sin fin."[2]

"Allí, dice San Juan Crisóstomo, todo es júbilo, alegría,

cert . . . . Tu autem idem ipsi es, et anni tui non deficient. Ps. CI, ℣℣ 26, 27, 28.

1 Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo? . . . . Qui ingreditur sine macula et operatur justitiam: qui loquitur veritatem in corde suo, qui non egit dolum in lingua sua? Ps. XIV ℣℣ 1, 2, 3.

2 Greg. Pap. Homil. XXXVII, in Evangelia.



felicidad: allí dia sin siguiente, esplendor y luz sin sombra ni mezcla, luz nueva tan superior á la que nos ilumina, como lo es esta misma al pálido reflejo de una lámpara nocturna; luz siempre viva, siempre benéfica y pura, cuyos rayos no son interceptados por las tinieblas ni por las nubes, ni alterados por las vicisitudes de las estaciones; luz inefable que no se comunica sino á los que hayan sido juzgados dignos de conocerla. Allí juventud, vigor perdurable; no existe la vejez con los achaques que la acompañan, ni la mortalidad con el triste patrimonio de la corrupcion que arrastramos cerca de nosotros. Una gloria inalterable viste, penetra á todos los santos, y lo que á todas las felicidades excede, es la dicha de gozar incesantemente de las conversaciones de Jesucristo, de la sociedad de los ángeles, de los arcángeles y de los poderes celestes . . . . . Allí no hai disimulo, no hai enemistad; todas las voluntades confundidas en un mismo, en un solo y único sentimiento, establecen la mas constante y deliciosa armonía en la sociedad de los santos. Allí no tendrémos que temer ni los artificios y violencias del enemigo de la salvacion, ni los asaltos de la muerte . . . . . Abrid los ojos de vuestra inteligencia, y traed vuestras miradas á estos palacios de la ciudad celestial . . . . . Venid á contemplar una asamblea que se compone de bienaventurados, vestidos con una magnificencia que excede con mucho al oro y á las mas preciosas pedrerías: su brillo eclipsa los rayos del sol, su grandeza excede á todas las opulencias de la tierra: es una asamblea que deja mui atrás á todo lo que hai de grande en lo humano. Fórmanla los ángeles, los arcángeles, los tronos, las dominaciones, los principados y las potestades. Eleváos ahora desde aquí hasta el Monarca de este Imperio, y contemplad, si os es dado, aquella hermosura que arrebata y trasporta, aquellas gracias, aquellos atractivos, aquella gloria, aquella magestad, aquellas magnificencias inefables reunidas todas en su Persona augusta. He aquí las felicidades que os esperan."

"¿Qué será, pues, dice San Agustin, esta felicidad que no se turba por mal ninguno?" "¡Felices, dice el Salmista, los que habitan, Señor, en vuestra casa! ellos os alabarán eternamente." La eterna ocupacion de los bienaventurados será pues alabar al Señor. Todas las partes de nuestro cuerpo, destinado hoi á ciertos usos necesarios á la vida, no tendrán entónces otro empleo que el de concurrir á las alabanzas de

Dios; porque toda esta armonía del cuerpo que ahora se nos oculta, descubriéndose entónces en su plenitud á nuestros ojos, nos inflamará de un santo entusiasmo para alabar altamente á un artífice tan grande. . . . Es allí la única parte donde la gloria es un nombre vano; allí es donde reside el verdadero honor, pues ni se avergonzará ninguno de cuantos le hayan merecido, ni será otorgado tampoco al que no haya sido digno de él. Allí se encontrará la verdadera paz, porque no habrá motivo allí de quejarse por la contradiccion agena y aun la propia. El mismo que es autor de la virtud será tambien allí su recompensa, porque nada hai mejor que el mismo que la ha prometido; porque ¿qué otra cosa significa lo que ha dicho por su profeta: "*Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo,* sino yo seré el objeto que llenará todos sus deseos, yo seré todo lo que los hombres puedan legítimamente desear, vida, salud, aliento, riquezas, gloria, honor, paz, en una palabra, toda suerte de bienes?"

Si quisiéramos añadir á estas ricas descripciones algunos rasgos trazados por la pluma de los escritores modernos, necesitariamos sin duda llenar muchas páginas. Pero valgan por todos dos pinceladas que tomarémos de ellos, una con que se pinta la gloria de los cuerpos, otra con que se describe la felicidad de las almas.

"Una luz pura y dulce se esparce al rededor de los cuerpos de los hombres justos, y los cerca con sus rayos cual si fuesen un vestido; esta luz no es parecida á la luz melancólica que alumbra los ojos de los míseros mortales, y que no es mas que tinieblas; mas bien es una gloria celestial que una luz: penetra los cuerpos mas opacos con mas sutileza que los rayos del sol un cristal puro; jamas deslumbra, sino que ántes bien fortifica los ojos, y lleva hasta el fondo del alma una serenidad inexplicable. De ella solo se alimentan los hombres felices; sale de ellos y en ellos vuelve á entrar: los penetra y se incorpora á ellos del mismo modo que los alimentos se incorporan á nosotros. Ellos la ven, la sienten y la respiran; hace nacer en ellos un manantial inagotable de paz y de gozo; se ven sumergidos en este abismo de delicias como los peces en el mar: nada mas quieren; todo lo tienen sin tener nada, poque este gusto de la luz pura mitiga el hambre del corazon . . . . . .

. . . . . .

"En su rostro se hallan pintadas una eterna juventud, una felicidad sin fin y una gloria del todo divina; pero su alegría nada tiene de loca ni de indecente, es un alegría dulce, noble y llena de magestad. Es el gusto sublime del a



verdad y de la virtud lo que los enagena: están sin interrupcion y á cada momento en el mismo arrebato de corazon en que está una madre que vuelve á ver á su querido hijo, que habia tenido por muerto; pero esta alegría, que huye pronto de la madre, nunca se aparta del corazon de estos hombres." [1]

"El sentimiento mas puro que en este mundo experimentamos, observa sabiamente Chateaubriand, es la admiracion; pero esta admiracion terrestre está siempre mezclada con alguna debilidad, ya en el objeto que admira, ya en el admirado. Que se imagine, pues, un ser perfecto, principio de todos los seres, en quien se vea clara y santamente todo lo que se fué, es y será: supóngase al mismo tiempo una alma exenta de envidia y de necesidad, incorruptible, inalterable. . . . . y capaz de una atencion sin fin; figúresela contemplando al Todopoderoso, descubriendo en él continuamente nuevos conocimientos y nuevas perfecciones, pasando de admiracion en admiracion, y no advirtiendo su existencia sino por el prolongado sentimiento de esta misma admiracion; concebid además á Dios, como soberana hermosura y como principio universal de amor; representaos todas las amistades de la tierra que vienen á perderse ó reunirse en este abismo de sentimientos, como gotas de agua en el mar; de modo, que el alma bienaventurada ame á Dios únicamente, sin dejar por eso de amar á los amigos que tiene acá abajo: persuadíos por último, de que el predestinado tiene la conviccion íntima de que su felicidad no tendrá fin, [2] y entónces tendréis una idea, aunque mui imperfecta, de la felicidad de los justos, ¡entónces comprenderéis que todo lo que el coro de los bienaventurados puede hacer oir, es aquel grito de: *¡Santo!* ¡Santo! ¡Santo! que muere y renace eternamente en el éxtasis eterno de los cielos." [2]

Todas estas discripciones están llenas de luz y de vida; objetos sublimes, cuadros primorosos, sentimientos inefables, todo se encuentra aquí. Sin embargo, todo esto nada es en comparacion de su objeto: la felicidad eterna de los justos no puede tener un retrato en la tierra, un trasunto en la imaginacion del hombre, un intérprete en la elocuencia humana. Despues de tanto decir la materia se quedó intacta en la mente de Dios. Un ligero bosquejo, un rasgo pequeño de la gloria se presentó en el Tabor á la vista de los Apóstoles

1 El Genio del cristianismo, por el vizconde Chateaubriand, lib. XI. cap. VIII.
2 Genio del cristianismo.

en la persona de Jesus trasfigurado, y aquella luz resplandeciente que ofuscaba la claridad del sol, y aquella magnificendia sublime que decoraba la escena hizo caer en tierra á los espectadores; y aquel sentimiento de bienestar, de inexplicable gozo que allí se experimentaba, hizo decir á Pedro: "Señor, bueno será que nos quedemos aquí."[1] ¡Qué será, pues, gozar de la vista de Dios, amarle sin temor de perdele, estar ya viviendo en aquel dia perdurable que no ha de tener ocaso? El apóstol San Pablo, arrebatado hasta el tercer cielo en un éxtasis misterioso, pudo dirigir una mirada rápida sobre la corte del rei eterno, y despues que ya tuvo que explicarse con los hombres, no halló en el idioma otra cosa con que explicar la gloria, sino estas palabras que dan de ella una idea negativa, pero altamente sublime: "Ni el ojo vió, ni la oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento las cosas que tiene Dios preparadas para aquellos que le aman."[2] Esta felicidad sobrepuja infinitamente á cuanto el pensamiento puede concebir, á cuanto el corazon puede sentir, á cuanto la lengua pueda expresar.

---

## CAPITULO III.

### DEL INFIERNO.

Ya hemos dicho lo que es el infierno;[3] y la mejor idea que de él pudiéramos dar, despues de haber hablado de la bienaventuranza, seria decir que el infierno es la contradictoria del cielo, que es el mal sumo, el intenso padecer, el continuo morir y nunca acabar. Verdad de este dogma; penas de los condenados; eternidad de su duracion: he aquí los principales puntos que debemos tocar para decir lo principal acerca del infierno. Mas la eternidad de su duracion es un punto tan capital, que debemos reservarle para discurrir con separacion, como hemos dicho, acerca de su existencia y de su justicia; y por lo mismo nos reducirémos aquí á tratar de las pruebas del dogma, y de las penas que sufren los condenados.

1 Math. cap. XVII, ℣ 4.
2 I Cor. cap. II, ℣ 9.
3 Lib. V, art. V, cap. III, de esta primera parte.



### §. I.

#### *Pruebas de la verdad del dogma.*

Cuando hablámos de la forma del juicio universal trascribimos estas palabras dirigidas por Jesucristo á los réprobos: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles."[1] Luego hai un lugar destinado expresamente para castigo de los malvados, un lugar donde no se ve á Dios, un lugar donde se sufre el fuego, un lugar donde se padece sin fin. He aquí el triple carácter del infierno: privacion de Dios, ó pena de daño; fuego y tormentos, ó pena de sentido; duracion sin fin. Estos son los tres puntos capitales, y estos tres puntos están perfectamente definidos en la sentencia de Jesucristo. ¿Dónde está la pena de daño? En estas terribles palabras: "*Apartaos de mí.*" ¿Dónde está la pena de sentido? En estas palabras: "*Id al fuego.*" ¿Dónde está la duracion sin fin? En la palabra *eterno*. Tremendo epíteto que, aplicado al fuego y referido á la separacion de Dios, anuncia una desgracia suma que no acabará jamás. En el mismo Evangelista cap. XXII, vers. 13, leemos que: "el Rei indignado contra el que se presentó á su convite nupcial sin el vestido de boda, dijo á sus ministros: "Atado de piés y manos, arrojadle fuera á " las tinieblas, donde no habrá sino llanto y crugir de dientes." Este hombre excluido del festin es la imágen del réprobo excluido de la bienaventuranza: este hombre atado de piés y manos es la imágen de la condenacion de alma y cuerpo y de todo cuanto constituye al hombre: estas tinieblas son la imágen de aquella noche sin fin, de aquel asilo profundamente tenebroso donde habitarán los condenados: ese llanto es la expresion de un dolor que no cesa, de un padecer interminable: ese crugir de dientes es el emblema de todas las sensaciones de horror, de espanto, de susto, de terror, &c., &c. Vemos, pues, en este sagrado texto confirmado mas y mas el dogma del infierno é insinuados los padecimientos de sus infelices moradores.

En el Evangelio de San Lúcas cap. XVI, vers. 22, vemos definido tambien el dogma del infierno con motivo del rico avariento. "Murió el rico, dice, y fué sepultado en el in

1 Math. cap. XXV, ℣ 41.